

EL ASCENSOR

La puerta se cerró ocultando la silueta colorida de Laura.

Fernando sintió una punzada de nostalgia nada más cerrarse. Quererla tanto le hacía daño, porque nunca había sentido nada parecido por una persona. Y ahí estaba ella, sonriendo de pie junto a la puerta ignorando lo peor, sonriendo mientras la cerraba y sonriendo mientras continuaba su vida dentro de la casa sin él. Ella, pensó Fernando, se quedaría rememorando los buenos momentos y su relación desde el principio, por eso sonreiría. Pero él ya la estaba echando de menos, porque no se conformaba con los recuerdos.

Sentir que tarde o temprano tendría que separarse de ella hacía peor las despedidas.

De todas maneras, nunca le gustaron las despedidas. Fernando era de los que odiaban decir adiós a la gente que pensaba ver pronto. Prefería un hasta luego por ser menos definitivo. Y aquella tarde-noche, que acabó de forma tan perfecta, él se despidió con un adiós, mientras ella cerraba la puerta. Pero Laura no se daría cuenta.

Llamó al ascensor y otra clase de recuerdos le vinieron a la cabeza. El médico. La enfermedad. La fatalidad. Tuvo que sacudir la cabeza para eludir inútilmente esos pensamientos. En cierta forma, había aprendido a convivir con ellos: se sentía como al borde del precipicio que era su vida, con todo lo vivido por detrás, como un alud que le empujaría al vacío frente a sus pies, llevándole a la muerte.

Fue un buen día, por supuesto.

Se sentía como una mierda por ser tan cobarde. No tener valor para afrontar los hechos era, en cierto modo, peor que sus propias circunstancias.

La puerta del ascensor se abrió con un ligero estruendo. Era uno de esos ascensores antiguos, de puertas de verja y paredes de madera combada por la humedad.

El fluorescente del techo parpadeó un par de veces hasta dejar la luz fija, y en los breves momentos de oscuridad la escasa luz venía de los botones, lo único remodelado de aquella máquina desvencijada. Al entrar, los cables emitieron un crujido agónico, protestando por tantos años de trabajo.

Apretó los botones y siguió a lo suyo mientras el ascensor bajaba lentamente.

Laura enfermedad botones muerte luz pisos... los pisos se sucedían delante de él en parpadeos cada vez más cortos. Cuando ya llevaba por lo menos veinte cayó en la cuenta de que no era normal: ascensores tan antiguos no hay en edificios altos. Los pisos eran cada vez más sucios y la puerta estaba atrancada, y el cable gritaba literalmente como una mujer adulta siendo desollada.

- Disculpe – oyó una voz a su espalda.

Se giró y un hombre bien vestido y bien parecido estaba de pie, con la cabeza temblando hasta el punto de convertir la cara en un borrón de color ocre. Se paró en seco y pudo apreciar a alguien moderadamente atractivo, moreno, de cejas pobladas aunque cuidadas y una perilla fina.

La luz blanca de los fluorescentes moría lentamente ahogada por manchas de sangre que cubrían los tubos. O puede que no fuera sangre seca lo que corría y palpitaba por el techo, pero lo cierto es que el ascensor cada vez quedaba más cubierto de fluidos marrones, espesos y oleaginosos, latiendo al unísono junto al corazón de Fernando.

Tras la verja, el edificio de Laura quedaba muy atrás, y se extendían llanuras macilentas y desérticas llenas de gente con los brazos alzados, como si alabaran a algo. A los veinte segundos, el ascensor bajó lo suficiente como para apreciar que en realidad estaban empalados y atados en una falsa reverencia, una burla evidente hacia los creyentes.

El hombre carraspeó, ese hombre que representaba a la perfección el papel arquetípico de diablo tentador, dispuesto a hacer un trato.

- Fernando González, está usted a punto de morir, ¿cómo se siente?

Atravesaron la tierra y llegaron a otro páramo desolador. En el centro de una meseta un gigante yacía sentado y reseco sobre un trono de basura y entrañas, extendiendo tentáculos hacia las personas aterrorizadas que le rodeaban y extrayendo todo lo que tenían dentro. Los cadáveres eran devorados por enjambres de moscas rojas, y los huesos tardaban poco en calcinarse bajo un sol que corroía únicamente las osamentas.

- Bien, tengo entendido que de cáncer. Uhm... de los dolorosos, aunque eso ya se lo habrán advertido, claro. No será un viaje agradable...

Un temblor aumentó la velocidad del ascensor. En apenas unos segundos, el gigante desapareció para dejar paso a una vasta extensión de agua turquesa y turbia, en el que los condenados yacían apilados en el fondo, y resucitaban de forma aleatoria. Los del fondo intentaban zafarse de los cuerpos que les impedían salir, pero no podían con la maraña de brazos y piernas rígidas y de piel reblandecida. Los que estaban en la parte superior resucitaban, pero no llegaban a tiempo a la superficie, situada a varios kilómetros por encima, y volvían a ahogarse y a hundirse hasta el fondo. Fuera como fuera la posición en la que estuvieran, el ahogamiento lento, atroz, era inevitable.

- Pues tiene suerte. Creo que pensaba en suicidarse, así que aquí tiene la oportunidad. El ascensor es viejo, y los cables endebles. Puede quedarse y esperar a que se estrelle contra el suelo, será como si estuviera en un parque de atracciones, se lo aseguro. O puede bajarse en el momento en que se quede parado, y mirar atrás para ver cómo sigue bajando a toda velocidad. Puede morir de golpe, dentro de una cárcel de metal afilado, o seguir viviendo hasta su

irrevocable destino, pero digamos que aquí tiene una oportunidad especial: si elige morir, será juzgado como una persona normal, y no condenado de forma inmediata como un suicida.

Llegaron a un mundo en apariencia normal, lleno de edificios y coches y personas, hasta que se dio la vuelta, cayendo todo hacia el cielo. Algunos escombros chocaban y atravesaban lo que tuvieran por delante, y al alcanzar una altura, los aviones del cielo impactaban contra los restos de esa civilización entre enormes explosiones. Al final, todo se desintegraba contra la atmósfera, el mundo volvía a su posición normal y de las cenizas volvían a surgir los edificios, los coches, las personas. En el recorrido, la gente asustada e inconsciente se desgañitaba, pues nunca recordaban que eso hubiera pasado antes, antes de que su alma se desgarrara contra la atmósfera o alguno de los escombros.

- Piénselo. Llegará un punto en que no podrá volver a andar ni a hablar con normalidad. Su hilillo de voz soltará plegarias sin sentido, mientras su sano cerebro se hallará recluso en una carcasa marchita. Recordará con pesar cuando podía correr, nadar, follar... y que no podrá volver a hacerlo. Le parecerá ayer, pero envejecerá cuarenta años en apenas cinco meses. Y ella... seguro que le acompañará en la enfermedad, ¿no? Pero... ¿y si no puede aguantarlo? Si la pena puede con ella y se siente incapaz de cogerte la mano en el último momento en que respire... ¿quiere usted cerrar los ojos y ver a una enfermera o a su familia o al mundo tras la ventana y no verla a ella sino recordarla? ¿Si cierra los ojos para intentar ver su hermosa cara proyectada en el interior de los párpados, y se encuentra con que ya no puede abrirlos? Piénselo.

No había nada, sólo una pared de azulejos sucios con la mugre extendiéndose a través de las juntas.

- Yo... creo que seguiré con mi vida – y lo dijo pensando en todo lo que le quedaba por vivir, sabiendo que habría buenos momentos y malos momentos, pero momentos al fin y al cabo. Y si algún día sentía la necesidad de acabar con su existencia, lo haría él y no necesitaría la ayuda de nadie. Sí, rechazaba aquél amable ofrecimiento por orgullo y por ganas de vivir.

Los pisos del edificio de Laura volvieron a aparecer, y el ascensor se detuvo. Paulatinamente, como si la pesadilla fuera una niebla densa a la que una corriente de aire obligaba a dispersarse, todo volvió a la normalidad y la figura de aquel supuesto Mefistófeles también desapareció.

Antes de afrontar la calle, llamó al telefonillo de Laura, y al oír su voz, dijo:

- Te quiero.

Oyó una sonrisa alegre, y pudo seguir caminando.

No paraba de darle vueltas a la extraña experiencia en el ascensor, aunque no daba excesiva importancia a los terribles paisajes que había contemplado. Quizá los intentaría pintar, pero tenía la impresión de que siempre habían estado en su cabeza y en la de todo el mundo, como si formaran parte de una alucinación colectiva y no mereciera la pena divulgar algo que, aunque fuera de forma inconsciente, era sabido.

Cruzando un paso de cebra, fue arrollado por una furgoneta. Antes de morir en el amasijo de carne y polvo de huesos y músculos retorcidos y sangre derramada que era su cuerpo, vio que el ofrecimiento del diablo no fue tan amable.

Pudo sonreír antes de respirar por última vez.